



Falta de sujetos liberales

«Yo os confieso que no me cuesta poca atención reconocer las intenciones de los ministros que me asisten, y que hay bien que hacer en ello; pero la constitución de los tiempos y la falta de sujetos es tan grande, que me hallo obligado a disimular, lo que no hiciera si estuviéramos en otro estado; y sabe Dios que una de las cosas porque más deseo la quietud es por poner orden en estas cosas mecánicas y domésticas, que en tiempos de borrasca no se obra como se quiere, sino como se puede.»

Esto escribía desde Zaragoza, a 4 de setiembre de 1645 a Sor María de Jesús, de Agreda, aquel triste Habsburgo que fué Felipe IV, el padre del segundo Don Juan de Austria, del hijo de la Calderona, y de Carlos II el Hechizado, hijo de doña Mariana de Austria, señora «adusta e incapaz» y de «cortísimas luces» y cuya alma no se naturalizó nunca española, se gún nos dice don Gabriel Maura en su «Carlos II y su corte», libro si de no muy amena lectura no poco instructivo.

En esa misma carta el triste rey que veía deshacerse en sus manos el imperio de Carlos I, el hijo de la Loca, decía a su confesora la monja franciscana: «Temo la total ruina de esta monarquía.» Ruina que prosigue.

El pobre rey se quejaba, como vemos, de no poder resolver las crisis — que aunque no se les llamara entonces así, de ello se trataba — como quería, sino como podía, y achacó sólo a hallarse en tiempo de borrasca. Deseaba la quietud para poner orden en las «cosas mecánicas y domésticas», que así llamaba a las de ordenar a sus ministros, y lamentábase de la «falta de sujetos» de quienes echar mano.

¡Falta de sujetos! ¡Falta de hombres! Es el achaque de siempre, y sobre todo en épocas de decadencia o mejor de derrumbe. «¡No hay de quien echar mano!» — se dice. Y no suele ser así. Más bien que no le dejan a uno hacer lo que debiera querer.

Lo de esperar a que haya quietud y que se pare la borrasca para poner orden, pero orden constituyente — no orden constituido — en la política es el error más grande en que puede incurrir un soberano. «Primero que se aquiete esto y luego proveeremos», suele decirse, y es ello el más errado de los arbitrios. Tan errado como aquel de «primero que depongan su actitud y después se hará justicia.» (Pues se sabe por triste experiencia que si alguna vez, ¡cuán pocas!, se hace justicia, es ante la amenaza. Y más cuando su administración, la de la justicia, está entregada a tristes poderes faltos de independencia — cuando no de competencia también — que se doblegan a imposiciones del ejecutivo.)

Por lo que hace al día de hoy no esperamos el advenimiento de un régimen franca y radicalmente liberal. Entre otras cosas por falta de sujetos liberales, verdaderamente liberales. El pobre señor García Prieto, que no sabemos si llega a sujeto, pero a liberal no, ha dicho en Albacete que afirma «que el día en que la Corona entienda que conviene un cambio de procedimientos encontrará un instrumento adecuado». Un verdadero liberal no habla así. Antes habla como don Leopoldo O'Donnell en 4 de julio de 1854: «¡Liberales! ¡No hay más porvenir para vosotros que la insurrección o la esclavitud!»

¡Pero nuestros liberales tienen miedo al poder; tienen miedo a tener que gobernar en liberales. Quieren que se les dé hecho lo que ellos no se atreverían a hacer; quieren que antes de entrar en el poder se les pongan los bretes que una vez en él no podrían tolerar dignamente que se les pusieran. Y así son incapaces de declarar que si se aprueba, por ejemplo, ese monstruoso engendro de reforma del Código penal — que será, además, completamente ineficaz al fin que con ella se busca — lo derogarian luego ellos. Que sería la declaración derecha. ¡Pero cómo van a declarar tal cosa, si fueron ellos, los sedicentes liberales, los que implantaron la desacreditada ley de Jurisdicciones, baldón y bochorno de la civilidad y la civilización españolas! Y, además, ineficaz.

Hace tiempo que en España las crisis no se resuelven como se quiere, sino como se puede. O mejor, como se deja. Como se deja por los que, como dice Maura, no dejan gobernar ni se atreven a gobernar ellos. ¿No sería curioso, verbigracia, saber por qué no pudo formar gobierno en la última crisis el mismo Maura, cuando quería poner de ministro de la Guerra al conde de Romanones, sin duda como autor del libro «El Ejército y la Política»? Pero hay quien dice que Maura está ya «gagá». (Es su expresión galicista, como podía ser otra chulesca. Y quién sabe si no añade: «El mejor día la difía», que es otro vocablo de su escogido repertorio lingüístico.)

¡Si para que se entienda que conviene un cambio de procedimientos se espera a que vuelva la quietud y pase la borrasca, aviados estamos! Cuando es precisamente el cambio de procedimientos el único que puede conjurar la borrasca.

«Temo la total ruina de esta monarquía» — escribía el atormentado Austria Felipe IV.

Miguel DE UNAMUNO.

